

Aguas aéreas

La colocación de las palabras

David Huerta

La posición del adjetivo en una frase, enunciado o cláusula, es tema de la sintaxis y puede serlo también de la estilística. Situado antes del sustantivo, el adjetivo lo determina, lo colorea, lo aniquila, lo redime, lo delata, lo exalta o lo desfigura; colocado después, prolonga su sentido. Andrés Bello decía algo parecido: el adjetivo antepuesto es un epíteto; el pospuesto, una explicación. En el primer caso, funciona, en sentido estricto, como una calificación; en el segundo, constituye una especie de enriquecimiento semántico. No es lo mismo; más todavía: es algo del todo diferente. La función adjetival no se limita, entonces, como nos enseñaron en la escuela, solamente a calificar; ésta es una de sus funciones indudables, pero dista de ser la única.

En la figura de dicción llamada “quiasmo” todo esto se pone de manifiesto de manera casi palpable. El *dáimon* maligno de la política le hizo decir lo siguiente a uno de los personajes más tristemente célebres del tiempo mexicano: “Un político pobre es un pobre político”. (El término *quiasmo* tuvo su primera aplicación en la óptica: es una inversión, dentro del cerebro, de las imágenes recibidas por los ojos). La figura cruzada del quiasmo (A-B / B-A) es aquí muy clara: político (A), pobre (B); pobre (B), político (A); veamos cómo funciona el adjetivo “pobre”.

El político no enriquecido por su “oficio” es, naturalmente, oh manes adversos de las islas Caimán y de la banca suiza, un hombre sin fortuna: pobre. El adjetivo pospuesto prolonga y precisa el sentido o significado del sustantivo “político”, por lo menos en el caso de este enunciado. La situación económica de cierto individuo, descrita por el sintagma “político pobre”,

cambia en lo moral —en la deforme moral de esa política— cuando aparece la otra frase, con el orden de las palabras invertido por el quiasmo: en “pobre político” el señor sin fortuna aparece simplemente como un “pobre diablo”, incapaz de aprovecharse de las ventajas de su “oficio”, según la daimónica sabiduría de esa constatación. La calificación ganada por el ingenuo está empapada por un desprecio luciferino: el del autor de esa minúscula pieza de “sabiduría”.

La colocación de las palabras, entonces, influye directamente en el sentido. En otra figura, la dilogía, una palabra puede tener dos significados diferentes y simultáneos. Un hombre apenas salido de la cárcel va lleno de cardenales pero ninguno es un prelado. Otro personaje avanza con los ojos bajos pero los pensamientos tiplés. Ya se sospecha la identidad del autor de estas dilogías: Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad; consúltense los pasajes correspondientes del *Buscón* y del *Alguacil endemoniado*.

Un adjetivo colocado con una intensa intención expresiva puede echar a andar ese mecanismo retórico llamado “desplazamiento de los atributos”. Leemos en la famosa dedicatoria de *El hacedor* esta frase descriptiva hecha por un visitante de la Biblioteca: observa, a su paso, a los silenciosos lectores ante los volúmenes abiertos, a la luz de las “lámparas estudiosas”. Esta última frase es una hipálage: no son las lámparas las estudiosas, por supuesto, sino los lectores; pero la imagen resulta eficaz por ese desplazamiento de los atributos, consecuencia de la figura llamada

hipálage. Veamos la hipálage de cerca.

Los lectores leen, estudian; las lámparas iluminan las páginas impresas; a las lámparas y a la luz proyectada se les atribuye el rasgo intelectual de la actividad leyente o lectora de los seres humanos. El malicioso autor de *El hacedor* justifica su imagen con una doble invocación: al enredado Leopoldo Lugones del *Lunario sentimental* al prodigioso Virgilio de la Eneida.

Un hexámetro virgiliano nunca sobra, y en la dedicatoria de *El hacedor* resuena magníficamente un verso del Libro VI (el 268); describe a Eneas y a la Sibila de Cumas camino del inframundo, hacia donde, “oscuros” (¡he aquí la hipálage!), se dirigen a hacer sus averiguaciones oraculares entre los muertos:

Iban obscuri sola sub nocte
per umbram

En una semblanza del historiador eclesiástico Beda el Venerable, capitulillo del libro *Literaturas germánicas medievales*, leemos sobre los trabajos de ese monje, sabio y maestro de la vieja Inglaterra. Beda conocía bien la Eneida y la cita —precisamente el verso 268 del Libro VI— en la crónica de un viaje ultraterreno emprendido por cierto personaje llamado Drycthelm; sin embargo, comete de pasada un error en esa cita (“*umbras*” por “*umbram*”). El comentario a esta cita virgiliana es precioso, lleno de comprensión y de simpatía intelectual ante Beda, hombre venerable: “Un ligero error prueba que la cita ha sido hecha de memoria y, por ende, la familiaridad del historiador sajón con Virgilio”.

Cualquier aburrido especialista nos diría: “se equivocó, se equivocó en la declinación”. Sí: hacía la cita de memoria, co-

mo nos explican las páginas correspondientes de *Literaturas germánicas medievales*. Beda era un lector imperfecto de Virgilio; es decir: un lector participante, activo, capaz de integrar esa lectura en sus afanes de historiador: para él, los hexámetros estaban vivos; no era uno de esos tremendos (e inocuos) lectores absolutamente infalibles, a quienes esa infalibilidad no les sirve para maldita la cosa. Aclaro de una buena vez: no recomiendo la imprecisión, los errores, ni la chambonería; apunto aquí a esa incesante imperfección de la lectura —siempre corregible, si se quiere—, elemento central de la cultura. No hay lectura perfecta, y si la hubiera, sería una obra sobrehumana. No recomiendo a nadie, en absoluto, *equivocarse en las declinaciones*; me resulta conmovedor, sin embargo, cómo el autor de *Literaturas germánicas medievales* declara su admiración por Beda (su “veneración”) y lo hace en ese contexto con suma delicadeza espiritual e intelectual; léase de nuevo la cita: el pequeño error de Beda es una prueba de su pasión virgiliana, aplicada por él a su monumental *Historia eclesiástica de la nación inglesa*.

Un ligero error... ¿Suyo o de algún apresurado amanuense de Jarrow? Se sabe cómo Beda apresuraba, cariñosamente, a sus calígrafos en el *scriptorium*: “Escriban, escriban: queda poca luz”.

Los participios verbales derivan copiosamente en sustantivos o en adjetivos, “Ata-

rantado” es un ejemplo a mano. Ciertamente, muy conocido mío, llegaba algunas veces a su casa con moretones innumerables debido a los zarandeos de los juegos con sus amigos, en el jardín público del vecindario; se quejaba con su madre y ésta le decía, con una sonriente y aleccionadora falta de compasión: “Tú tan tonto y te atarantan tanto”, y con ello ponía en funcionamiento, conjugándolo, el sonoro verbo “atarantar”; el niño era un “atarantado”, y aquí ya estamos ante un sustantivo. “Te han atarantado, atarantado”, podría decirse. Nótese el ritmo machacón del comentario materno, animado, en su prosodia burlona, por el sonido de las *tes*.

En la lengua inglesa los adjetivos aparecen casi siempre antepuestos: “*a red house*”. Es lo más natural en ese sistema; puede haber modificaciones, desde luego. Una regla muy simpática del inglés, paradójica hasta los límites de la broma, afirma lo siguiente: “*Prepositions are words not to finish sentences with*”. Adviértase cómo la preposición, “*with*”, está al final; contradice por su lugar la regla postulada, y comprueba la curiosa flexibilidad del inglés en la colocación de los vocablos. El español tiene también flexibilidad en ese terreno, faltaba más; pero tiene sus propias características: son dos tipos diferentes de flexibilidad.

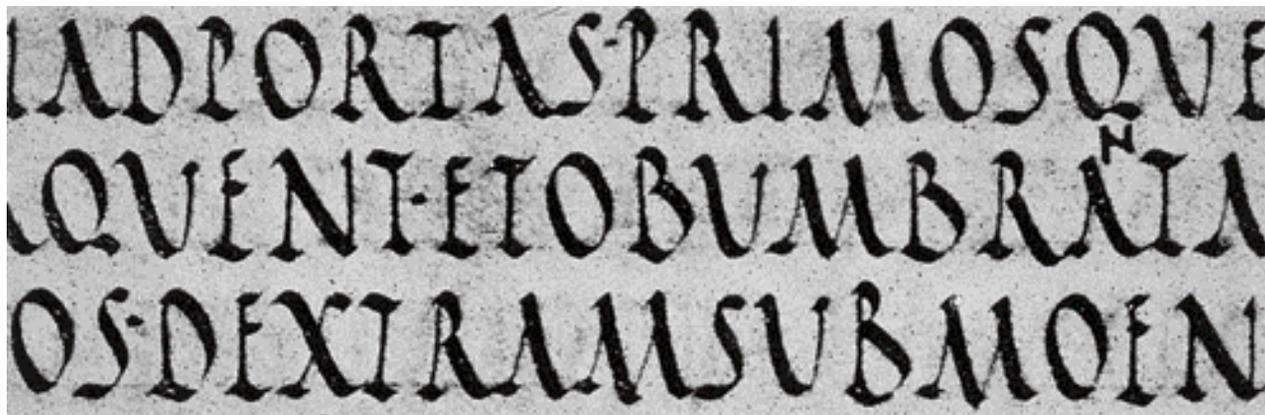
La posición de las palabras en nuestras comunicaciones tiene sus peculiaridades. Una de ellas es el hecho de no ser inmuta-

ble; podemos cambiarla en la oración, en la frase, en el enunciado: modificar el lugar del adjetivo, por ejemplo. En el orden del discurso, esas decisiones y esos cambios tienen sus consecuencias: no son lo mismo “político pobre” y “pobre político”. Los adjetivos pueden colocarse en lugares insólitos, inesperados: junto a sustantivos sorprendentes, como en la hipálage.

En la escuela aprendimos el orden “natural” de la oración en español: sujeto, verbo y predicado. No es un orden inmutable, fijo para siempre; todo el tiempo lo cambiamos, por lo menos de dos maneras: por medio de la anástrofe, y por medio de su hermano mayor, el discutido hipérbaton, motivo de cierto espanto —me consta— para algunos estudiantes.

El *Diccionario de la Real Academia* (DRAE) ofrece estas definiciones para anástrofe e hipérbaton, respectivamente: “Inversión en el orden de las palabras de una oración”; “Figura de construcción, consistente en invertir el orden que en el discurso tienen habitualmente las palabras”.

A pesar de lo dicho por algunos diccionarios timoratos, o simplemente exagerados, la anástrofe no siempre supone un cambio violento en el orden de la oración. Es violento, en cambio, el enclítico con el cual el *Pequeño Larousse* ejemplifica esa inversión sintáctica, por medio de este monstruoso oracional: “al suelo del árbol cáigome”, lo cual, puesto en orden, debe decir sencillamente “me caigo del árbol al suelo”. El ejemplo no sirve: no es realista,



Letras rústicas dibujadas con una cañucela de junco o un pincel

ni literaria ni coloquial ni prosísticamente. Dudo de la existencia y actividades de un escritor (o hablante) capaz de escribir (o decir) “al suelo del árbol cáigome”, como no sea con intenciones irónicas o cómicas (...sería una ironía o un chiste mediocre); pero el ejemplo laroussiano es antipático, poco preciso y, como quedó dicho, irrealista. La anástrofe real o, cuando aparece, la anástrofe literaria, suelen ser mucho más apacibles, a diferencia de su temible hermano mayor.

El ejemplo de anástrofe “al suelo del árbol cáigome”, sin embargo, sirve para apuntar en la dirección de esas pequeñas porciones del discurso tan menospreciadas y tan absolutamente fundamentales, mencionadas líneas arriba en una consigna o precepto de la sintaxis de lengua inglesa. Ese ejemplo de anástrofe resulta, bien visto, un poco tramposo: es una oración con dos o tres complementos, con lo cual es mucho más fácil violentar el orden sintáctico. Las dos preposiciones contribuyen a construir o introducir esos complementos: “del” y “al”; la primera, el primer complemento circunstancial, de origen; la segunda, el circunstancial de lugar; la partícula pronominal “me” expresa el complemento indirecto. La sensación de complicación inútil de ese ejemplo aumenta cuando nos damos cuenta del siguiente hecho: “del” y “al” son contracciones de preposiciones con artículo definido. Tanto enredo con tal de afear a la indefensa anástrofe.

La anástrofe no es tan hirsuta. Si decimos “al muchacho la muchacha besó”, estamos construyendo una anástrofe; no es como el enunciado de aquel ejemplo espeluznante: es una construcción bastante normal. El cambio del orden sintáctico no es una anomalía ni una transgresión: forma, de hecho, parte del sistema, y es una de sus virtualidades.

* * *

La guerra de los gatos debía ser historiada por alguien llamado Félix: lo fue.

En una escena de esta epopeya llena de maullidos y ronroneos, un gato medio enloquecido de celos, el turbulento Marraquiza, se mete en una cocina y, muy al-

terado, arma un zafarrancho con diversos enseres, platillos e instrumentos del lugar. Está hecho un loco, a semejanza del conde Orlando, el de la leyenda carolingia; de pronto, en medio de sus “demencias y furores”, tiene un percance:

...en una de fregar cayó caldera
(trasposición se llama esta figura)...

El historiador de la guerra gatuna nos da en estos dos versos, con todo y provisión de ejemplo, una diminuta clase de retórica. La frase del primer verso debería leerse de la siguiente manera, puesta en un orden sintáctico más o menos normal, o siquiera inmediatamente comprensible: “cayó en una caldera de fregar”. La oración parentética, una explicación en forma, es una joya: “trasposición se llama esta figura”. “Esta figura” es el célebre hipérbaton, hermano mayor de la anástrofe. El hipérbaton se hizo famoso por ese “en una de fregar cayó caldera”, percance minúsculo en medio de la guerra homérica de los felinos.

En el paraíso conjetural de la colocación de las palabras —una sintaxis transparente, perfecta e inmutable—, el hipérbaton es la serpiente malévola, retorcida, llena de incitaciones: su propósito es expulsarnos del orden canónico, de su diaphanidad imposible, e instalarnos en un desorden disolvente.

El historiador de la guerra de los gatos se indignaba con el hipérbaton y protestaba así:

Todo el fundamento de este edificio
[:la poesía “culterana”, su temible enemiga]
es el trasponer, y lo que le hace más duro
es el apartar tanto los adjuntos de los sustantivos.

Esa separación de “adjuntos” y sustantivos ya existía, y se utilizaba, en el español literario del siglo XV, como podemos leer en el *Laberinto de Fortuna*:

A la moderna volviéndome rueda...
...divina me puedes llamar providencia...

El autor de estos versos era cordobés, como el enemigo del historiador gatuno.

Este cordobés contemporáneo suyo era el verdadero contrincante; pero el poeta-historiador prefería meterse con un señor muerto hacía casi dos siglos. El cordobés del siglo XV no podía responder a esos reproches estilísticos “con la temible mordacidad del cordobés vivo”, como hace ver María Rosa Lida.

El hipérbaton es piedra de escándalo para los defensores del orden en la colocación de las palabras. Pero la “trasposición” es simplemente otro tipo de orden, permitido, dentro de ciertos límites, por nuestro idioma; quienes la practican tienen la intención de esmaltar, con el influjo prestigioso de la antigüedad clásica, las obras modernas: constituye un latinismo sintáctico. ¿Era una especie de crimen literario y lingüístico hacer el español más parecido al latín? No, no lo era para los poetas de esos tiempos (fines del siglo XVI, principios del XVII); pero algunos, como el poeta-historiador de la guerra de los gatos, no estaban de acuerdo.

Las polémicas literarias no siempre son estéticas; no lo son casi nunca, me temo. Son ideológicas, nacionalistas, y aun gramaticales. El casticismo nacionalista, secreción ideológica, tiene en este caso un anclaje en la gramática para echar luego a andar sus argumentos en contra de sus adversarios: los poetas culteranos, los autores de poemas difíciles. El hipérbaton le venía como anillo al dedo a esos nacionalistas y casticistas: era un enredo ofensivo, una barbaridad. Ocultaban los hipérbatos de uno de sus ídolos, a quien habían convertido en arma arrojada en esa guerra: las trasposiciones del toledano, castizo y muy español Garcilaso de la Vega; búsquelos el lector en la corta, densa y bellísima obra poética garcilasiana: los hallará temprano.

Quevedo estaba del lado de los casticistas, pero incurrió en el pecado de “trasponer”, como en su soneto a las ruinas de Roma, imagen de las devastaciones del tiempo: “cadáver son las que ostentó murallas”, hipérbaton brusco, resonante, efectivo. No costaría mucho trabajo encontrar otros ejemplos en los poemas de los mismos enemigos del “culteranismo”. **U**